

E D I T O R I A L

La Patria, El Patriota y El Patriotero

Cada mes de septiembre es el calco de siempre, la misma historia: se clama a los cuatro puntos cardinales que la patria está de fiesta, los postes del tendido eléctrico se visten de azul y blanco, y los jóvenes salen a marchar por las calles haciendo gala de una marcialidad que no vuelven a externar el resto del año. Los olvidados retratos de José Matías Delgado, Manuel José Arce y José Simeón Cañas son desempolvados y colgados en los rincones más visibles de cada escuela, mientras los políticos corren ante los significativos monumentos de la ciudad capital para depositar enormes y olorosas ofrendas en memoria de nuestros ilustres próceres.

Se establece un día feriado que muy pocos se esfuerzan en comprender, y todo termina cuando el 16 de septiembre llega lanzándonos nuevamente al trabajo y la vida normal.

Se festejó a la patria, se habló de los héroes, se izó la bandera y todos satisfechos. Con la misma algarabía hipócrita de todos los años, pero se cumplió con la tradición.

Sin embargo, tras los vistosos desfiles -y recorriendo las calles sucias de confeti-, cabe preguntarse: ¿En verdad festejamos a la Patria? ¿Es cierto que cumplimos con Ella? Ciertamente se escucharon hermosos y bien redactados discursos cívicos, pero ¿salieron estos discursos del corazón de alguien? ¿Es que tenemos la absurda pretensión de considerar que El Salvador -nuestra sufrida tierra- merece cada año un espectáculo tan mecánico y gazmoño?

El clásico concepto de patria -afirmado como el conjunto de elementos territoriales, idiomáticos, culturales y políticos que sirven de unión a los hombres que se desarrollan en una comunidad-, viene a ser letra muerta cuando se entiende con el superficial espíritu que alienta a aquellos que se acostumbran a definir su "Patria" como el vulgar lugar de nacimiento, sin considerar que esta palabra significa, en realidad, el vínculo maravilloso entre los elementos objetivos que la constituyen y los necesarios elementos subjetivos que la fortalecen.

En las páginas de un semanario cultural, y a escasas circunstancias del macabro alzamiento campesino de 1932, un mágico escritor salvadoreño tuvo el valor se publicar su concepto personal de "patria", ante la impertinencia de unos amigos que le suplicaban "poner los pies en la tierra" y dar su opinión sobre el amor que debemos tener a nuestra nación. Aquel escritor -que no era otro que el insustituible Salarrué- esgrimió contra sus "patrióticos" contemporáneos una de las opiniones más extraordinarias que sobre fervor cívico haya atesorado en su corazón hombre alguno.

"Yo no tengo patria -exclamó Salarrué-. Yo no se qué es patria. ¿A qué llamáis patria vosotros, los hombres tenidos por prácticos? Sé que entendéis por patria un conjunto de leyes, una maquinaria de administración, un parche en un mapa de colores chillones. Vosotros los prácticos llamáis a eso "patria". Yo, el iluso, no tengo patria; no tengo patria pero tengo terruño (de tierra, cosa palpable). No tengo El Salvador (catorce secciones en un trozo de papel satinado); pero tengo Cuscatlán, una región del mundo (...) Mientras vosotros habláis de la Constitución, yo canto a la tierra y la caza: la tierra que se esponja y fructifica; la raza de soñadores creadores que sin discutir labran el suelo, modelan la tinaja, tejen el perraje y abren el camino (...) Me pedís quedescienda a vuestra realidad y no sé dónde poner el pié: por todos lados encuentro arena movediza (...). Mientras dos bandos, en todos sus grados de intensidad, se gruñen unos contra otros, nosotros los soñadores no pedimos nada porque todo lo tenemos. Ellos se arrebatan las cáscaras y nos dejan la pulpa (...). Sabed, de una vez por todas, que no tengo patria ni reconozco patria de nadie. Mi campo es más amplio que esa tajadita de absurdo que queréis darme".

Importante declaración de Salarrué, tanto más patriota por cuanto menos patriotera. Porque no se deben confundir las palabras zalameras de aquel que recuerda a su país el día de su Independencia, que las profundas intenciones de aquel que permanentemente vive y trabaja para gloria de su patria. Entre uno y otro existe un abismo de diferencia, igual o más grande que el océano que separa el nuevo del viejo continente.

"Hay un patriotismo infecundo y vano -decía don Santiago Ramón y Cajal-, y

ese patriotismo es el que está orientado siempre hacia el pasado. Hay otro fuerte y activo: el que está orientado hacia el porvenir. entre preparar un germen y dorar un esqueleto, ¿Quién se atreve a dudar?". Por su parte, el gran político inglés, sir Robert Walpole, se refería a los patrioteros con un desprecio inoculable. En un discurso pronunciado en la Cámara de los comunes, en Febrero de 1774, exclamó: "Los llamados patriotas brotan como los hóngos. Yo podría hacer surgir cincuenta de ellos en menos de 24 horas. No tengo más que negarme a atender una petición insolente o absurda, y ya tenemos un patriota".

Como decía Marco Tulio Cicerón, "la Patria es donde se está bien", es decir, el lugar en que realmente creemos encontrar la verdad, el sentimiento y la tranquilidad; el espacio físico y espiritual que nos permite creer en el futuro... Si El Salvador es nuestra patria, trascendente será que encontremos en él nuestra felicidad y nuestra esperanza, de forma tal que un día tan regocijante como el aniversario de la Independencia Centroamericana, sea algo más que una fiesta obligatoria y frívola.

Después de todo, nuestro país merece hijos sinceros, fecundos en honradez y esfuerzo, dispuestos a comprender que el patriotismo se lleva en el rincón más hondo del espíritu, y no en la estridencia de un grito mal ensayado.

Y cerramos la importante reflexión de este día haciendo una breve paráfrasis del literato español Manuel José Quintana, que en una de sus populares obras dramáticas inmortalizó su magnífica concepción del amor a la tierra natal en una frase portentosa: -"No existe Patria, amigo. ¿O es que acaso no tenemos que llevarla siempre dentro del pecho?". ■

En las páginas de un semanario cultural, y a escasas circunstancias del macabro alzamiento campesino de 1932, un mágico escritor salvadoreño tuvo el valor se publicar su concepto personal de "patria", ante la impertinencia de unos amigos que le suplicaban "poner los pies en la tierra" y dar su opinión sobre el amor que debemos tener a nuestra nación. Aquel escritor -que no era otro que el insustituible Salarrué-